

LA PRENSA Y NUESTRA HERENCIA HISTÓRICO-ARTÍSTICA.

Las relaciones entre periodismo y cultura, por ceñirnos al más clásico y primero en el tiempo de los que hoy llamamos medios comunicación de masas, han sido equívocas casi desde el principio. y siguen planteando interrogaciones. ¿Ha servido realmente el periodismo como vehículo de cultura? ¿Puede llegar la cultura por medio del periódico a las grandes masas, como soñaron los señores ilustrados, o es una desviación y una desvirtuación de esa cultura y en último término, una subcultura, lo único que el periódico puede hacer llegar a un lector? ¿Acaso la esencia misma de la comunicación periodística no es la de ser global, superficial, ligera, apromblemática, y, por lo tanto, muy distinta de la comunicación estrictamente cultural?

No es fácil decidir, sin más, si los temores de Sören Kierkegaard, que vio en el naciente periodismo de su época la liquidación de la cultura a manos precisamente de su expresión truncada, masiva y popular, han tenido luego su confirmación, o no, o sólo parcialmente. “¿Qué hacen hoy los periódicos?”, se preguntaba, en unas hojas sueltas de su “Diario”, que van desde enero de 1847 a mayo de 1848, y explicaba luego que todo sucedía "como si a bordo de una nave hubiese un solo megáfono del cual se hubiera apoderado el pinche de cocina con el consentimiento general... en tanto que el capitán se ve obligado a dar sus órdenes de viva voz, ... (y) al final, el pinche de cocina, porque posee el megáfono, se apodera del comando de la nave”. Pro dii immortales!

Así que Kierkegaard pensaba que, en adelante y por mor de la prensa, todo dependería de una bocina, y, como en el caso de la parábola que acabo de citar, también el mundo de la cultura terminaría por ser comandado por quien la bocina tuviera.

Desde luego, en otro tiempo, la cultura instrumental - en modo alguno la cultura más profunda, que hacía obviamente que Erasmo pudiera hablar con su barbero perfectamente y de asuntos nada fáciles - quedaba situada fuera del alcance de las grandes masas, pero naturalmente necesitaríamos mucha ingenuidad o no escasa dosis de cinismo, si afirmáramos que las cosas han ido después, y ahora mismo, más allá del suministro de cultura instrumental a esas grandes masas; es decir, la necesaria para una mejor producción y mejor consumo, y un marginal cultivo de la mediocridad, la facilidad, la ordinariez, el sentimentalismo y la puerilidad, y etc. No quiero ser tan cruel ni tan sumario como lo serían Aldous Huxley y Joseph Roth a este respecto.

En todos estos casos, estamos exactamente ante aquel supuesto del megáfono del cocinero de Kierkegaard, que altera las órdenes del capitán del barco, que son necesariamente algo complejo, por la sencilla razón de que las grandes cuestiones y problemas culturales no pueden ser dictados por megáfono, y ni siquiera leídos en rollo, sino que precisan el libro – hoy desgraciadamente, fabricado también en gran parte como un exitoso periódico -, y la matización magisterial. De otro modo quedan irremisiblemente convertidos en lemas, o máximas de calendario, en una especie de píldoras del pensar.

Esto es, los estereotipos y valores de la llamada mentalidad moderna de la que hace ya más de cincuenta años hablaba Bertrand Russell. “La convicción de que la moda por sí sola debe dominar la opinión -escribía - posee grandes ventajas. Hace innecesario el pensamiento, y pone la más alta inteligencia al alcance de cualquiera. No es difícil aprender el empleo correcto de palabras tales como *complejo, sadismo, Edipo, burgués, desviación, izquierda*; y nada más se necesita para hacer un brillante escritor u orador. Algunas al menos de tales palabras exigieron mucha meditación a sus inventores: como el papel moneda, originariamente eran convertibles en oro. Pero, para la mayoría de las personas, se han tornado en inconvertibles, y, al depreciarse, han aumentado la riqueza nominal de ideas. Y así estamos ahora en condiciones de despreciar las ínfimas fortunas intelectuales de tiempos anteriores”. El hombre de nuestro tiempo tiene, en efecto, esta mentalidad, sigue diciendo Russell: “Su más alta esperanza es la de pensar, el primero, lo que está a punto de ser pensado, decir lo que está por decir, y sentir lo que está por ser sentido; no tiene ningún deseo de pensar mejores pensamientos que los de sus prójimos, de decir cosas que demuestren más penetración, o de tener emociones que no sean las de algún grupo de moda, sino que sólo quiere estar levemente por delante de los temas en lo referente al tiempo”.

Pero madurez intelectual, que era lo que buscaba producir el periódico en su nacimiento ilustrado, significa seguramente seriedad y cierta profundidad. Significa una cierta ascesis de la inteligencia y de la sensibilidad, matiz, discusión, duda, y lo contrario de la simplificación. Sólo que los periódicos y los otros *media* tienen que fascinar de alguna manera, incluso para decir la verdad. Tienen que poner los mismos o parecidos cebos que los políticos o vendedores de todas clases y, en todo caso, acudirá a todos los expedientes necesarios que hagan efectiva la comunicación del mensaje.

Los “mass media” investigan, en primer lugar, la audiencia o capacidad de recepción del mensaje que van a emitir, y la preparan, o modifican en el caso de que esa audiencia no sea óptima o puramente negativa, y traducen el mensaje en los términos lingüísticos, las imágenes y sonidos más aptos para lograr la atención y el acceso a la sensibilidad, y provocar la aceptación de ese mensaje, incluso sin formularle claramente si se prevé un rechazo, o no resultara oportuno. Y, en el caso de la prensa por ejemplo, echando mano de un estilo narrativo que Paul Goodman vio hace ya años que ha de resultar necesariamente anulador del pensar y el sentir. “Como se dirigen a grandes públicos, con pocos intereses serios en común - decía - los temas tratados son triviales o trivializados; la comunicación es fugaz y superficial; las impresiones son excitantes o blandas, o las dos cosas...Un director de *Esquire* puso objeciones a una ciertas argumentaciones de un artículo mío, porque el lector tendría que pensar sobre eso, y, por lo visto, pensar era más de lo que se podía esperar de nadie”.

Y, para ahuyentar la sensación siquiera de que algo así se va a exigir “el aspecto exterior de lo escrito se vuelve ligero y superficial, cinemático: manchas de tinta que fijan la atención, estadísticas sobrecogedoras, ilustraciones llamativas; pero el movimiento del intelecto se vuelve desesperadamente lento; no ha de haber más de un pensamiento, y sencillo, por página, para que los lectores puedan continuar”. Y, además, se tendrán muy en cuenta los estudios Droge, Weisenborg y Haft, según los cuales, cuanto menor es la inteligencia del receptor, o cuando se trata de inteligencia indiscriminada por la masa, que es lo mismo, tanto antes y mejor se entiende y aceptan las conclusiones explícitas de un mensaje, o es mucho más aceptable y operante un argumento unilateral y rotundo que otro, enfocado desde distintos puntos de vista o matizado.

Los mismos *media* están condicionados por los valores en curso de los ambientes en que han de comunicar sus mensajes, y por los estereotipos de los receptores, y, sobre todo, porque ellos mismos ya no poseen sino una información nocionística de la realidad, y, con frecuencia son dramáticamente conscientes de que la realidad verdadera no pasa, y no puede pasar por ellos; es decir, de que los mensajes más serios y humanizadores, los de cierta complejidad intelectual y profundidad moral, no son aptos para pasar por el megáfono kierkagaardiano del que hablaba al principio; lo que pasa por él perfectamente es siempre un mensaje confuso, con tal que utilice una lógica externa y aparente muy fuerte.

II

Así las cosas, lo que no sé yo con absoluta certeza es que por un lado resulte interesante a los receptores de noticias y mensajes, y que, por el otro lado, pueda mostrarse o transmitirse fácilmente esa cuestión de nuestra herencia común que denominamos nuestro patrimonio histórico y artístico.

La palabra *patrimonio*, pese a provenir y moverse en el ámbito del Derecho, que al fin y al cabo ordena la vida práctica en una sociedad, no ha perdido en modo alguno las resonancias humanas de siglos que siempre tuvo en la lengua, no meramente instrumental sino significativa, de herencia de los padres, algo que recibimos de ellos, y del pasado, guardado para nosotros.

El patrimonio de los padres se guarda, porque está guardándose uno a sí mismo en el plano más sólido y profundo de lo que la cultura es en sí misma en sentido serio; es decir, la conservación o guarda de un ámbito simbólico del pensar y del sentir, al mirar el mundo; y, en el arte la simbolización de la realidad en la belleza, porque la necesitamos para ser y para vivir desde un punto de vista material mismo.

En el aspecto individual y familiar, contemplamos, amamos, y nos dejamos acompañar, por la herencia de los padres, y guardamos *las cosas* en nuestro *cosero*. Y digo *cosas* y *cosero*, porque habrá que insistir denodadamente en que los objetos no son *cosas*. Las cosas tienen siempre memoria de hombre, del tacto de unas manos o unos labios de hombre, y ellas mismas al separarse, han dejado huella en el hombre; quizás solamente un poso de calidez en el alma, pero también puede ser que un gran boquete. Y hay otras cosas que parece que esperan acompañar o ser acompañadas, y tienen una soledad de espera, como una sed de alma, si la tuvieran. Y están, en fin, las *cosas-cosas* o cosas abandonadas a su condición de cosas - las *meras cosas* que dice Heidegger -, como construcciones de soledad ellas mismas, minerales de total ausencia, materia de condición abstracta y muerta, sin memoria ni espera, lisas y funcionales, cosas acabadas en un tiempo puro y sin cambio, cosas *para*, sin diferenciación ninguna. Y estos son los objetos. Se nos aparecen ahí, y su relación con nosotros es puramente instrumental, en tanto que los necesitamos para algo. No tienen consistencia de cosa individualizada, y son puro alargamiento de nuestra mano. Están ya fabricados indiferenciadamente, iguales entre sí, y su naturaleza es la de ser sustituibles e intercambiables, por lo tanto ni siquiera en serie, porque la serie implica diferencia. Y no pueden tampoco albergar la belleza, sólo admiten diseño. Son una y la misma realidad-objeto, que no puede guardarse, porque no tiene sentido que se guarde, porque ninguna relación, salvo la funcional, hay entre él y su utilizador.

No son cosas esos objetos, y no precisan *cosero*, ni éste las admite, mientras que cosa sigue siendo incluso la cosa herida o rota, mutilada, envejecida, o hasta el resto de cosa. Y, desde muy antiguo, las cosas se han guardado en habitaciones especiales que se celaban y se mostraban alternativamente hasta dar en las llamadas *coleccion*es de los señores, los museos, y también lógicamente otros monumentos que por sí mismos o por las obras de arte que albergaban, en *coseros* se habían convertido. Y siempre se hizo peregrinación a ver, se veía, y se volvía. El buscador de la hermosura, cuya noticia le había llegado por el estudio o la conversación, se convertía primero en peregrino y visitante, y luego sin duda alguna en amigo o algo más íntimo todavía, porque los hombres se acompañan a veces con los libros y las obras de arte de una manera muy profunda, y nuestra vida establece una extraña y particular relación con el arte, como con los libros.

Pero es que, además, esa atención a esa herencia de hermosuras y significaciones que se nos otorga en el patrimonio artístico ha adquirido en nuestro mundo una función que pudiéramos llamar reparadora de nuestra humanidad, sencillamente porque allí hay *cosas*, mientras que escasean absolutamente en nuestro mundo lleno de objetos, pura repetición de sí mismos en cantidad inacabable, que no puede afectar lo humano, como decía antes. Exactamente como tendrá que ir allí a aprender lo que es estancia y casa, entrando en un interior holandés, o en sus patios de *un silencio como de Cartuxa*, que decía el señor Miguel de Cervantes, O quedarse en la estancia de paso o pasillo hacia otra estancia con luz que deja penetrar la puerta abierta por el intendente don José Nieto, y que es la estancia de *Las Meninas*, pero paradigma de todas las estancias, en un mundo de aluminio y cristal que ya no tiene esa experiencia, ni sabe o no quiere construir aquélla estancia. O quizás ni le importe. Ni tampoco su humanidad, si no guarda memoria de las cosas y de la belleza levantada por los siglos, y no lleva nada en el *cosero* de su alma. Aunque no soy yo tan pesimista como Herman Hesse que pronosticó hace ya cincuenta años, y para el tiempo que vivimos, que nosotros ya no tendríamos otra conciencia que la mecánica que comporta la carcasa de un astronauta; pero es indudable que surgen aprensiones parecidas a la de Hesse, cuando no podemos permitirnos pensamientos osados, ni parece que necesitemos ni la belleza ni la memoria.

Al fin y al cabo, si nadie puede ser más que un bípedo implume sin haber hecho sus cuentas con los *Pensées* de *monsieur* Pascal, como decía el autor de “El gattopardo”, o con los otros grandes del pensar y del sentir, desde luego que no lo puede ser tampoco, y mucho menos, sin *cosero* porque la belleza es más esencial y humanizadora que el pensamiento. Y la historia demuestra, en las crónicas de sus diversas iconoclastias o reverberaciones artísticas, cómo la ausencia o la presencia de las pinturas o esculturas hermosas ha sido siempre incompatible con

las satrapías y el dolor humano hasta en las cámaras de tortura, en las que, si pinturas existían, se cubrían porque era imposible ejercitar tal indecencia en su pura presencia de cosa llena de hermosura, y esta hermosura ha servido en tantas otras ocasiones para conservar la dignidad de ser hombres aun estando aplastados, como Gorki escribe a Lenin previniéndole contra la destrucción de las iglesias, en un momento en que se solaban establos con viejos iconos. De manera que el hombre corriente de hoy, acostumbrado solamente a ver imágenes llamativas y banales, o documentos de la brutalidad humana presentados igualmente en la insustancialidad y la banalidad de las imágenes, e incluso acostumbrado al paseo turístico igualmente banal y plano por los museos, puede recibir, pese a todo, algún trauma salutífero por parte de noticias que le lleguen acerca de los iconos que miran, y dicen. Quizás, al fin y al cabo, pueda darse allí el encuentro con el arte, o con la humanidad que encierra una pulsera egipcia de muchacha o una lauda romana. Nunca podemos saber dónde nos espera, a cada quien y a cada cual, ese momento de enorme seriedad y alegría al mismo tiempo en que se cae en la cuenta de que se es un hombre, y hay belleza en el mundo, hecha por el hombre, y mañana puede no haberla, o estar los hombres inhabilitados para verla. Y el temor a que esto sea de este modo, desde luego que no es el más pequeño ni el menos importante temor en esta hora, digamos que de malestar de la cultura.

Precisamente por esto, traer y llevar noticia del patrimonio común es llevarla y traerla de la reserva de humanidad legada por los siglos. Y restaurarla después de muchas minoraciones de ella que nos han traído los “harapos de los tiempos”, que dice un verso de John Donne.

El uso del museo como del patrimonio entero es un uso privado, entonces, porque sólo en esa privacidad puede establecerse la relación del hombre con la belleza artística o la cosa que mira; y el modo de hacer las cosas para que esto sea así es el asunto de quienes cuidan y muestran ese arte y esas cosas. Pero como ocurre con todo lo que en el mundo es, digamos que a comenzar por un paisaje y terminando por la *Sixtina*, pasando por una vasija elemental o un fósil, hay que poner sobre estas muestras el viejo letrado que expuesto estaba en las viejas posadas españolas: *Aquí encontrará el viajero lo que traiga*. Es decir, sus adentros de saber y sensibilidad, y, si no los tiene, no verá nada. Así que el mirar privado de la naturaleza misma, y desde luego, de museos y otras mostraciones del patrimonio o *cosero colectivo*, de quien mira depende; y parece que los periódicos que nacieron para suministrar, al mayor número de gentes posible, unas alforjas con informaciones y anteojos para mirar mejor el mundo comprenderlo y sentirlo más atinadamente, deberían contar con esta realidad por poco que estén dispuestos a ser fieles a sus orígenes ilustrados, y al propósito de integrar a nuestra vida la herencia recibida de los padres, tan llena de hermosura.

Pero no me preguntaré si quieren hacerlo, o les interesa hacerlo, naturalmente. Sólo me preguntaré si pueden; es decir, si dada su estructura y su funcionamiento, o lo que se espera de ellos, les es posible informar, y ofrecer incluso esos suplementos de ojos y de sensibilidad a sus lectores; y si es que se espera algo parecido de ellos, o no se soportaría por su clientela de hoy mismo que hiciesen todo eso. Esto es, si la atención al arte y a la herencia de los padres es algo que se rechazaría, o más bien se echa de menos, o siquiera se recibiría agradecidamente.

Solamente tengo dos certezas sobre el asunto, y una es que, si el periódico es capaz de hacer relucir como un relámpago cualquiera de las muchas inanidades del mundo, es seguro que podría servir siquiera de espejo de un resplandor verdadero como es el de esa nuestra herencia histórico-artística.

La otra es la de que, por las muy especiales características de la prensa provinciana, las noticias sobre el patrimonio sí son noticias, tanto las malas noticias sobre el envejecimiento y la ruina o el abandono, como las de la restauración. O el reiterado relato acerca de la obra de arte. No sólo produce un interés, que es buscado en los periódicos y esperado en los otros media, sino que produce incluso lo que podríamos llamar la actuación de los “servicios auxiliares” por parte de pequeños municipios o personas, que, por su cuenta y riesgo, “hasta que se quieran enterar la Iglesia y los de “allá arriba” proveen de soluciones a la humedad de un edificio, causada por filtraciones, cubren goteras, y protegen con velos plásticos pinturas.

Algunas obras de arte he visto desaparecer en la mayor de las inconsciencias, pero también salvarse otras de un peligro inminente. Y los periódicos provincianos cuentan en estas luchas, que a veces son para salvar incluso obras artísticas declaradas como de patrimonio nacional, pero cuyo suceso no da lugar a noticia, porque no hay ni intereses políticos, ni argumento de emotividad colectiva por medio.

El hecho es que comunidades muy pequeñas y rurales aman lo que han recibido de los padres, y lo tienen en el cosero de su ánima. Los periódicos levantan acta de esa sensibilidad de las gentes, y los señores políticos, incluso si debe de parecerles algo raro y quién sabe si “arrieré, ya comienzan a cortejar este interés en sus propagandas. El asunto de la herencia histórica y artística en esta “Hispania nostra” es un capítulo importante y perfectamente desconocido de nuestra historia moderna y actual. Y no el menos excitante, ni el menos lleno de paradojas y sorpresas. Ni de divertimentos ni tristezas. Y no parece que importe mucho a nuestra cultura letrada, pero sin duda a todos los presentes sí nos importa, y yo tengo que estar agradecido por permitirme decirlo en esta tribuna.

José JIMÉNEZ LOZANO
Madrid 31 de enero de 2008